

Jaime Ángel Morera y González, *Pinturas coloniales de ánimas del purgatorio. Iconografía de una creencia*. México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas y Seminario de Cultura Mexicana, 2001, 342 p., ils.

Los “usos y costumbres” de los que se habla tanto, se manifiestan en México en todos los ámbitos, en todos los tiempos, en todas las formas. Muchos de ellos han pasado a formar parte de nuestra conciencia, de nuestra idiosincrasia, de eso que hoy se llama, a manera de cajón de sastre, afrancesada y pedantemente, “nuestro imaginario colectivo”. Como los que no se esfuerzan en el estudio y facilitan asignaciones arbitrarias todo lo resuelven remitiendo a un todo, a un origen indígena, el pintoresquismo folklórico tiene, según ellos, ese remoto origen. Hay otros más sensatos y cuidadosos que advierten que el mundo europeo, desde el siglo XVI, durante la primera globalización, se volcó en la sociedad indiana, la impregnó de múltiples elementos, espirituales y materiales, y traslapó los usos y costumbres de varios pueblos mediterráneos sobre los que tenía la sociedad que aquí se formaba, una sociedad mestiza con ideas

⁹ El texto procede de la *Práctica de la Theologia mystica*, reproducido por Ellen Gunnarsdottir, p. 218.

muy fijas, pero proclive a las novedades.

La Iglesia a través de sus personeros, frailes y clérigos, trató esforzadamente de desaparecer “usos y costumbres” paganos, idolátricos, pero introdujeron otros procedentes de allende los mares. El culto, el respeto, el temor a la muerte que la sociedad india tenía, se unió con el procedente del mundo semita y de las culturas clásicas y eso ha dado a nuestra mentalidad, a nuestra forma de ser, un rasgo peculiar, recio, muy variado, que ha ido cambiando tratando de ser menos negativo a través de la burla, de explotar con inteligente y fina ironía el final de la vida humana, representándola festivamente como lo hizo Posada y no en forma dramática como ocurrió en el “ars moriendi” medieval.

Una creencia fincada en las escrituras y en el proceloso afán doctrinario y que culmina en un decreto tridentino rotundamente dogmático, imperioso e inflexible, llegó a nuestra temerosa sociedad mestiza desde el siglo XVI, la cual prudente y veladamente la fue conociendo. La Iglesia Tridentina la difundió imperiosamente. La existencia del purgatorio, lugar de purgación quieto y apacible, pero un adelanto en el camino al cielo, se va a convertir por los excesos ascéticos en un lugar de penas, de castigo, en el que el pecador redime sus pecados en medio de las ardientes llamas, semejantes a las de la Inquisición, que también se establece en Nueva España, y con las cuales se castigaba a los infelices pecadores.

El siglo XVII, centuria de expansión, de afirmación social y religiosa, acoge como nuevo mito y señal de la justicia divina la idea del purgatorio y la expande, la sublima, la difunde por todos los medios y obtiene de ella ventajas psicológicas, políticas y hasta económicas. A través de los medios de comunicación existentes la difunde. Entre los medios más seguros están los audiovisuales. La imprenta y la pintura difunden la noción del purgatorio. Catecismo, novenas, vidas ejemplares, sirven para extender y precisar la idea. Las representaciones del purgatorio, algunas en escultura, pero principalmente la pintura, revelan la fantástica imaginación que ese lugar purgativo tiene en la mente y sensibilidad del mexicano. Los predicadores afirman esas ideas.

Jaime Morera, prudente e inteligentemente, ha penetrado en ese mundo. Con sapiente saber ha desbrozado el origen, la historia del dogma, ha examinado con paciencia los testimonios escriturales existentes, sus glosas y glosadores, la opinión de doctores y padres

de la iglesia y la inclusión de la idea o creencia en las declaraciones conciliares y canónicas. Lo ha hecho con cuidado, con rigor metódico, escapándose de las vaguedades e incoherencias que abundan en esta serie de trabajos. Con rigor y acierto, muestra la introducción de esa creencia en la conciencia y en la mentalidad de la sociedad novohispana. Muestra los hitos de su arribo y difusión y expone los medios utilizados para difundirla, amacizarla, arraigarla.

Morera, quien pertenece por su formación y sensibilidad al grupo de críticos e historiadores del arte que tiene el afán de la objetividad, del análisis de las manifestaciones estéticas, dedica la parte esencial de su libro a disertar sobre cuales fueron los medios audiovisuales de penetración, y principalmente cómo la pintura representó el medio más idóneo para llevar la creencia del purgatorio a la conciencia de la gente, a su difusión, propagación y penetración en la ideología religiosa de la sociedad mexicana.

Es importante advertir como historia y mitos se han difundido en nuestras creencias. Como la sociedad mexicana posee una inteligencia y memoria visual muy singular. Como aprendemos ideas y gustos por medios visuales que calan hondo en nuestra mente.

Resulta importante advertir como los enormes frescos que representara el Tlalocan indígena, eran medios eficacísimos para historiar el pasado, para dar a conocer nuestras cosmogonías. Las pinturas mayas y las teotihuacanas, afortunadamente bien estudiadas hoy día, permiten ese precioso y seguro acercamiento a los modos y formas de la enseñanza visual. La recordación en torno de la catequización realizada con imágenes brotadas de las ideas catequísticas, representa otro jalón en torno de la enseñanza objetiva audiovisual. Los sermones inspirados en doctores y padres de la iglesia precisaban y determinaban las ideas que en la mente de los tlacuilos y los ilustradores de estampas, frescos y pinturas se figuran en las que se plasmaron esas creencias, cuya representación fue libre y generosa.

En nuestros días, a partir de la luminosa protección que Vasconcelos les dio, cientos de artistas han representado e ilustrado nuestra historia patria. Han mostrado no sólo las acciones guerreras sino principalmente las ideas que las provocaron. En estos girones se advierte la proclividad de nuestra sociedad por emplear las vías visuales para amacizar su pensamiento, para comprender historia e ideas a través de la pintura. Tanto los sermones de corruscantes predicadores como las arengas al aire libre en plazas y

explanadas han coadyuvado a la fijación de esas ideas.

Morera con sapiente paciencia desarrolla el proceso enseñante que una idea, una nueva creencia, ha tenido en la formación de la conciencia mexicana. Arranca de las primeras representaciones, populares en su mayor parte, y llega a la apreciación crítica y estética de obras de mayor envergadura realizadas por los grandes pintores —Correa, Villalpando, Alcibar y otros— que engalanan el firmamento pictórico novohispano.

Nuestro pueblo, que tiene en el fondo un hondo sentido justicialista, ha encontrado plasmado también en esas pinturas un sentimiento de igualdad, comunitario, sin diferencias sociales. El purgatorio, en todas las representaciones que Morera ofrece, tiene un amplio sentido democrático. Por igual sufren en las llamas, reyes, cardenales, monjas, pontífices, lo cual contenta y regocija a los fieles.

La selección de pinturas, realizada a través del conocimiento que de la pintura religiosa tiene Morera, es otro acierto. Bella y diversa colección de pinturas es la que recoge en su trabajo. En ella están bien dibujados nuestros indígenas en perfecta representación física. También los grupos de mestizos y los miembros de clases aristocráticas. Junto a ellos aparecen las figuras de santos varones, las advocaciones marianas más arraigadas y, en fin, la relación que se establece entre las iglesias, triunfante, militante y purgante, según nos lo enseñaban los viejos catecismos breves y precisos en los que aprendíamos los principios religiosos básicos.

El cuidado puesto en la localización y descripción de las pinturas, hecho esto con singular acierto, otorgan al libro de Jaime Morera relevante valor, en medio de la profusión de obras que intentan inútilmente —por la ligereza e ignorancia con que son realizadas— presentar a los lectores aspectos muy diversos de las creencias religiosas. En esta obra encontramos justo equilibrio entre la explicación histórica de esta creencia, y el análisis de las obras en que la idea del purgatorio se expresó.

En estas representaciones tan variadas, tan ricas en personajes tenemos que echar de menos una que aún cuenta con devotos y que aparece no sólo en los pequeños templos, sino a veces también en los santuarios más acreditados, la representación del ánima sola, la cual aparece con facciones más tristes, tal vez por sentirse aislada, doble castigo, y no gozar de los lamentos de otros prójimos, mejor

dicho, de otras ánimas.

Obra claramente escrita, bien estructurada y llena de sugerencias valiosas sobre nuestra mentalidad religiosa, es la de Jaime Morera.

Ernesto de la TORRE VILLAR
Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM